

y las reprehensiones de S. Bernardo (1). La que escribió á María de Portugal, princesa de Parma, sobre el menosprecio del mundo, es una admirable leccion para los señores de la tierra y sus vasallos (2).

De aquí dimanó el aprecio general que se adquirió. De aquí aquel unánime apresuramiento que manifestaron los grandes de su siglo en no guiarse sino por sus consejos. Buenos testigos fueron de esto la princesa de Parma, cuya conciencia dirigia; el Cardenal Caraffa, cuyos últimos suspiros recogió; S. Carlos Borromeo con quien repartió sus trabajos; la duquesa de Nocera, cuya caridad y fervor arregló; la princesa de Stilliano, cuyo retiro y penitencia preparó.

Era un orador aplaudido, un escritor útil, un director acreditado, y, en una palabra, ¿que no era *Avelino*? Y no obstante esto ¿que pensaba de sí mismo? Ah! sigámosle en aquellos escogidos momentos en los que entregado á sus reflexiones se confundia y abismaba á los pies de la cruz. Humilde, sumiso y penitente, se deleytaba su corazón en pesar los sucesos de sus predicaciones, la reputacion de sus obras, y el voto de sus admiradores, que reprobaba su conciencia según sus secretos sentimientos. Llegó á tal punto su humildad, que se negó á los honores

(1) Cartas de S. Andres Avelino á diferentes príncipes, cardenales, obispos, &c.

(2) And. Avel. á la princesa de Parma, sobre el menosprecio del mundo.

res del episcopado que el Cardenal Cusani pretendió para él con Gregorio XIII.

Tal era su sumision, que se impuso la obligacion constante de poner siempre á su voluntad una invencible resistencia, y obedecer á los mismos que estaban sujetos á su mandato. Su penitencia era tan rigurosa que pareceria increíble, sino se supiese que en sus piadosos excesos aumentan los santos la severidad del Evangelio; y que la abnegacion que corona tantas virtudes, no quiere percibir en las suyas propias, sino débiles ensayos de una piedad que siempre disputa el hombre al christiano. *Nihil gloriabor nisi in infirmitatibus meis.*

¿Deseais ver un rasgo maravilloso de la moderacion y heroísmo de que le hace capaz la abnegacion? Con la prueba mas sensible se va á descubrir toda la generosidad de sus sentimientos....Un hermano, á quien queria como á sí mismo, tenia un solo hijo que era su único consuelo y recurso. Por la piedad, prudencia y talentos que le acompañaban, mereció los cuidados y ternura de su tio. La santidad no ahoga los sentimientos de la naturaleza, pero los perfecciona....En el curso de sus trabajos, supo *Avelino*, que un monstruo guiado por un odio injusto, y excitado por un reprehensible furor acababa de descargar un golpe homicida sobre el corazón del que cifra toda la esperanza de su familia. Ya no quedaba de este querido objeto, y digno de serlo, otra cosa que un cadáver ensangrentado y unas frias cenizas: ¡y res-
pi-

pira el autor de su muerte! ; triunfa del castigo de su delito! Ah! Manifestaos legítimos acusadores: enteraos sabios magistrados de una accion tan bárbara y cruel: de otro modo no podrá ser *vengada la sangre del justo*. Pero no hay que temer, que las leyes decidirán. Habla, padre affligido, habla y haz conocer tus sentimientos, tu dolor y tus derechos. Anima con tu zelo la tierna imágen de tu hijo.... Pero detente, que *Avelino* escucha un sentimiento mas noble y christiano. En efecto, hermanos míos, detuvo al padre sus pasos y ocultó á las indagaciones de la justicia la criminal cabeza que podia haberla entregado. Perdonó..... El complemento de la virtud es salvar con el silencio á quien con sola una palabra se puede perder (1).

Quanto mas se reflexiona sobre la conducta de *Avelino*, otro tanto mas bien se conoce el absoluto império que exercia sobre sus sentidos, su espíritu y su corazon. En otra ocasion puede que unas miras ambiciosas le hubiesen hecho manifestar quien era en la capital del mundo christiano, porque se le sonreaba hallar en los soberanos pontífices unos zelosos protectores de sus talentos. Ademas de que, Roma le parecia la mansion de la gloria, el templo de la fortuna, el teatro favorable de las grandes reputaciones y recompensas. En esto pensaba como político;

(1) *Necem fratris filio illatam imperturbato animo tulit, ac suos ab omni ulciscendi cupiditate compescit, in offic. S. And. Avel. Brev. Rom. lect. V.*

despues pensó como santo. Fué á Roma, pero con el fin de recoger del sepulcro de los apóstoles una chispa del fuego que les animó, y excitarse á sí mismo, á vista de las respetables cenizas de los santos mártires, el noble deseo de serlo tambien. La pompa brillante, la magnificencia de Roma, aquellos magníficos templos, obras maestras del ingenio y de las artes, y aquellos antiguos monumentos que son la admiracion de todos los siglos, no eran capaces de distraer por un instante su atencion. Si se presentó en la corte, no fué para solicitar la proteccion de Paulo IV, que le recibió con todas las demostraciones de agrado y respeto que inspira la virtud; sino por saber del soberano Pontífice el espíritu de una congregacion de quien habia sido la gloria y el apoyo, y casi se puede decir que el creador. Si visitó á dos hombres célebres, uno jurisconsulto ilustrado, teólogo profundo, sabio en los negocios políticos, confidente de Paulo IV, consejo de Pio IV, amigo de Pio V, condecorado con la púrpura romana y penitente hasta en la corte, como fué el cardenal Schoto; y otro entregado al retiro, enemigo de los honores, respetado en Venecia, admirado en Roma, y por todas partes útil y desinteresado, como Gerónimo Isachino, fué porque como él eran discípulos de S. Cayetano, y porque podian darle lecciones y exemplos. No buscaba en Roma sino imitadores de Cayetano para llevarlo á ser tambien con ellos. Este era el único objeto de todas sus peregrinaciones, porque

que era el término de sus deseos y el único medio de cumplir su voto.

Mas para que esto se verificase, ¿ que es lo que aun exigió Dios de *Avelino*? Desde luego me atrevo á asegurar, que por mas amplio que hubiera sido su voto, no podia haberse mostrado mas fiel, ni mas fervoroso en el desempeño de sus inmensas obligaciones. ¿ Podia hacer todavia nuevos progresos su consumada virtud? Sí, aun podia hacerlos por mas que parezca increíble. Ya que colmó sus experiencias con la abnegacion mas pura, coronará sus trabajos con el zelo mas universal.

Sino hubiera escuchado mas que á su corazon, toda su vida hubiera estado llena de oracion y de retiro. Pero sus talentos eran conocidos, y su congregacion estaba interesada en hacerlos útiles. Ella acababa de ver eclipsar y extinguirse á una de sus mas resplandecientes lumbreras, qual era el piadoso *Marinon*, hombre recomendable por la santidad de sus costumbres, maestro iluminado en la direccion de las almas, superior prodigioso en zelo y sabiduria, hombre digno de la mayor reverencia, que despues de haber hecho revivir en sí mismo el espíritu de *S. Cayetano*, le transmitió felizmente á una infinidad de discípulos fervorosos, y les dirigió por las sendas de la mas sublime perfeccion, y en fin, hombre á quien la Iglesia ha puesto al lado de los bienaventurados. Con la pérdida de este hombre tan recomendable, creyó su Orden perder un segundo fundador.

Nues-

Nuestro Santo habia recibido las últimas palabras y sentimientos de *Marinon*, que era su guia, su oráculo y su padre. Así como otro *Atanasio*, se tomó el cuidado de recopilar las acciones de este nuevo *Antonio*. ¡ Que no nos haya quedado un documento tan precioso! ¿ A que fin le entregó á las llamas la humildad de *Avelino*? ¿ Acaso era esto necesario? Ah! Si no hubiera consultado como á su humildad á su austera virtud, poseeríamos todavia aquella obra tan digna de su autor, dictada por el reconocimiento, executada por el fervor, y en la que, sin percibirlo, casi se representó á sí mismo.

A los justos sentimientos que causó la muerte de *Marinon*, se siguieron los ansiosos deseos de reemplazarle. Es imposible pintar la pesadumbre que tuvo nuestro héroe quando supo que era el *Eliseo* destinado por el cielo para reemplazar á *Elías*. Aunque sucesor en sus empleos, se temia no poderlo ser de su zelo. Conocía la pesadez de la carga, consultaba sus fuerzas y se estremecía. Solamente en Dios tenia su confianza; y en medio de los pesares de su humildad, le parecia que podia dirigir á su ilustre predecesor las mismas palabras que dirigia el Profeta en otro tiempo á aquel cuyo ministerio debia ocupar: *Obsecro ut fiat in me duplex spiritus tuus* (1). O tú, á quien yo tengo que hacer revivir en las delicadas funciones de un apostolado que constituyó vuestra gloria comuni-

(1) IV. Reg. c. 2. g.

nicame la fuerza y sabiduría del espíritu de que estabas animado para exercer el mismo ministerio. Tú has sido para mí el *Angel* de la Providencia durante tu vida; dignate ser siempre mi modelo despues de tu muerte. *Obsecro ut fiat in me duplex spiritus tuus.*

La deprecacion de *Avelino* se oyó y tuvo el mismo suceso que la de *Eliseo*. ¡Con que noble emulacion caminó éste discípulo por los pasos de su maestro! le imitó, igualó y aun excedió. La congregacion de los *Clérigos Regulares*, no dudaba ya en que el superior que admiraba dexaba atras al que habia perdido.

Singular prerogativa por cierto, la de confiarle su orden el cuidado de inspirar en los demas su espíritu, quando apenas habia tenido tiempo para conocerle. Diez años estuvo en este delicado é importante ministerio. ¡Con quanta brillantez y suceso cultivó aquellas tiernas plantas, que por el discurso de un año de experiencias hacia brotar á la Religion! Su atenta vigilancia no sabia desmentirse. Sus exemplos fueron sus primeras lecciones. Animaba á la santidad con la santidad misma. Encargaba la humildad y era humilde: la prudencia, y era prudente: el desinterés, y era desinteresado. Condenaba la ociosidad, y era laborioso: la distraccion, y era recogido: todos los vicios, y los vencía. ¿Se encontró acaso mayor discernimiento para conocer los espíritus? Aplicado á descubrir los diferentes caractéres, consiguió prestarse con inteligencia á la diversidad de los hu-

humores. Como sabio y discreto, disimulaba las leves faltas de la fragilidad, que explicaba lo bastante para corregir al delinquente, humillarle y enmendarle. Como dulce y afable, corregía con utilidad los defectos, y poseía el feliz secreto de hacer estimar sus reprehensiones sin que perdiesen nada de su fuerza. Si su exáctitud obligaba á la observacion de la regla, y esclavizaba los espíritus baxo el yugo de una penosa dependencia, tambien su ternura, mas que su autoridad, excitaba el gusto y el amor á la subordinacion.

Por este zelo siempre activo, preparó *Avelino* á la religion ministros evangélicos capaces de defenderla. De la escuela de este maestro consumado en la ciencia de los santos, salieron hombres, que fueron el honor de su Orden, la gloria de la Iglesia, el azote de la heregía y los defensores de la fe: hombres, cuya reputacion vive todavia, y cuyo respetable nombre es venerado por todas partes, y digno de la inmortalidad. Díganlo sino un *Caracciolo* por su santidad, un *Solero* por su ciencia, un *Osorio*, víctima de la caridad, Consul primero, y despues el honor del *Episcopado*, un *Scorcovilla*, segundo General de su Orden, cuyos beneméritos hombres formarán siempre la gloria de la congregacion de los *clérigos Regulares*, y con especialidad el elogio de *San Andres Avelino* su guia y su modelo.

Otros empleos mas honrosos y brillantes le llaman. Todos parece que le reclaman

para recibir de él un nuevo lustre. Nápoles, Milan, Placencia, Roma y Lombardía, hallaron sucesivamente en él un superior, que fué el ornamento, apoyo y propagador de su congregacion. Los honores á que un voto unánime le ensalzaban, le parecian, no tanto una recompensa de sus servicios, quanto una nueva obligacion de hacerlos aun mas importantes. Figurémonos un hombre que hizo un estudio constante en hermanar la humildad con el poder, y la dulzura con la autoridad: que prescribia leyes y las observaba: que era tan zeloso del culto como de la disciplina: que mantenía la piedad tanto por sus exemplos quanto por su vigilancia: que estando siempre ocupado, siempre fué solitario: indulgente para los defectos, firme contra los vicios, destructor de los abusos, enemigo de las novedades, siempre útil á su Orden, y aun mas á la Religion. Tal es el quadro que nos presenta su gobierno.

¡Quantos asilos religiosos le deben su origen! ¡Quantos útiles reglamentos le deben su principio! ¡Quantos olvidados y santos ejercicios le deben su restablecimiento! A su sabiduría debe el primer General de su congregacion (1) la ventaja de no haber tenido contradictores, y su misma congregacion la dicha de no haber experimentado una peligrosa borrasca.... Entre aquella multitud de trabajos, para los que al parecer no bastarian muchos hombres, encontraba todavía *Aveli-*

(1) El Padre Juan Bautista Milan.

no algunos momentos que destinar á otras diferentes empresas. No parecia sino que inagotable su valor se le multiplicaba á cada paso. Casi al mismo tiempo que se empleaba en la propagacion de su Orden, se le vió ser el apóstol de toda Italia, disipar las tinieblas del vicio y del error, persuadir por su eloqüencia, mover por su dulzura y triunfar por sus exemplos.

Habiéndose manifestado en Nápoles un monstruo alimentado con los funestos principios de Lutero y de Calvino, se propuso destruir la presencia real, y la *transubstanciacion*; pero deteniéndole nuestro Santo en sus perniciosos proyectos, hizo ver la seducción y le apartó de un pueblo, ciego admirador de una doctrina, cuyo veneno no conocia.

Partidario de esta doctrina impía un jóven temerario, no tanto por sistema quanto por libertinage, se atrevió á añadir al crimen de una comunión sacrílega el de una nueva profanacion. Esperó *Avelino* el instante en que los imperiosos remordimientos viniesen á turbar el alma del delinqüente. Y habiendo llegado este caso, y como testigo de su pena y desesperacion, tranquilizó su desenfrenado furor, le excitó sentimientos de compuncion, y le libertó de los castigos con que le amenazaban las soberanas órdenes de Gregorio XIII y Felipe II, que estaban prontas á executarse por las exáctas pesquisas del Cardenal Baronio y de Don Juan de Zúñiga, Virrey de Nápoles.

Aun en ocasion mas difícil, obró nuestro

Santo con la misma sabiduría, y executó los propios milagros. Así se vió, que buscando á los cabezas de una temible revolucion, logró apaciguarlos por entre el tumulto de las armas, entre arroyos de sangre y entre una carnicería y mortandad inexplicable. No de otra suerte se presentó en la misma ciudad quarenta años ántes San Cayetano, mártir de su caridad y su zelo.... Esparcióse la voz de que iba á experimentarse un hambre terrible, y una grande carestía en los alimentos. Acusando de esto la preocupacion á un hombre distinguido por su empleo, fué desde entónces el objeto del odio y del oborrecimiento público. El furor nada respeta. Formóse un ejército de rebeldes, y extendióse la muerte por todas partes. Creyó el Duque de Osuna, que con su autoridad sujetaría á los revoltosos, y los intimidaría; pero meneó el fuego y aumentó la llama. Nada pudo aterrar á los fanáticos directores de un pueblo desenfrenado, que solo conocía sus intereses, y no escuchaba mas que á su venganza.... Pero no temais. Ya se levanta una voz pacífica y poderosa que infundirá en todos los espíritus el espanto, y el arrepentimiento en todos los corazones.. Preséntase *Avelino*, y lo mismo fué empezar á hablar que ceder todo. Cedió el furor, renació el sosiego, y empezó á respirar Nápoles. Dichosamente reconciliados sus habitantes, tributaban homenajes á su dulzura, puesto que para vencerles no se habia valido mas que de la voz del bien público, el amor á la patria, la seguridad de los ciudadanos, los derechos de

de la Religion, y mas que de todo esto tal vez del ascendiente de sus virtudes.

A vista de esto ¿será de admirar que todos los pasos de un ministro tan sabio y virtuoso estén señalados con las mas inesperadas conversiones? Habiendo intentado vengarse un hombre ilustre por su nacimiento, pero aun mucho mas por los resentimientos que tenia contra un rival fuerte y temible, formó la bárbara resolucion de sacrificar á un pundonor falso todos los principios de la Religion. El sacerdocio y el imperio se habian unido ya para conseguir de los dos enemigos una reconciliacion sincera y permanente; pero en vano. Este era un triunfo que estaba reservado solamente para nuestro Santo. Sus oraciones y sus lágrimas enternecieron á aquel corazon de piedra, insensible á todos los medios y representaciones. Prepárase la vista de los dos contrarios, obra la Religion, perdona el vengativo, y toda la Italia aplaudió al autor de una rconciliacion que solo podia inspirar la virtud y ejecutarla.

En Placencia hizo todavía cosas mas difíciles, y executó proyectos que experimentaron mil contradicciones. El Cardenal Arezzo se habia levantado contra los escándalos que, como un diluvio, inundaban su Diócesis; pero aunque tuvo el mérito del zelo, no consiguió el del suceso. Llamó en su ayuda al hombre que creía mas á propósito para introducir en su pueblo el puro espíritu del christianismo; y fué tan importuno, que arrancó á *Avelino* á las necesidades de Milan

y á la ternura de San Carlos. Del modo que lo deseó y lo pidió, le obtuvo y poseyó, y su pueblo se aprovechó de él.... Reynaba el lujo en Placencia, lo ataca y lo destruye. Un perverso interés favorecía los excesos del libertinage. La miseria era el origen de mil crímenes. Dió contra la licencia de las costumbres, y el asilo del libertinage se mudó en un templo de penitencia... El santo obispo, amigo y admirador de nuestro Santo, aplaudió esta repentina y milagrosa transformacion. Ah! Ella misma fué quien provocó contra él un mundo entero de acusadores iníquos. Se juntaban mil sospechas, suponian indicios y daban falsas pruebas. Hasta en la corte del Duque de Parma, Ocravio Farnesio, esparció la calumnia contra su conducta unos coloridos tan feos, que era dificultoso que la verdad penetrase por entre ellos. Pero ya penetrará. La impostura será descubierta y castigada: la inocencia reconocida y recompensada. Instruido é informado el príncipe, que ya habia estado para ser contrario de *Avelino*, se declaró su apologista, y se puso baxo su direccion, honrándole con su confianza, y dando gracias al cielo por haberle hecho conocer á un santo, que para justificar su conducta no tenia necesidad mas que de ella misma.

Sobre qualquiera parte de Italia que extendamos la vista, hallaremos monumentos que comprueban su zelo, sus empresas y sus triunfos. En el exercicio de su ministerio desempeñó todas las obligaciones que con su voto habia contraido, y obligaciones, cuyo pro-
yec-

yecto habia parecido temerario é imposible en la execucion, si su conducta no hubiera superado tanto la sabiduría quanto la posibilidad comun y ordinaria. El habia prometido hacer cada dia nuevos progresos en el camino de la virtud. Estos fueron sensibles, sea que por el zelo mas universal puso el colmo á sus trabajos, sea que por la caridad mas invencible puso el colmo á sus sacrificios.

La caridad, segun San Pablo, todo lo cree. *Omnia credit*. Todo lo espera. *Omnia sperat*. Todo lo sufre. *Omnia sustinet*. Jamas se extingue. *Charitas numquam excidit* (1). Todo lo cree: en esto consistió su humildad. Todo lo espera: en esto se cifra su confianza. Todo lo sufre: en esto estriba su generosidad. Jamas se extingue: á esto se reduce su constancia.

Para cumplir perfectamente su voto *S. Andres Avelino* debia reunir todos estos caracteres de la caridad. Así lo hizo en efecto. ¡Quan viva y ardiente, pero quan humilde al mismo tiempo es esta caridad, cuyos sentimientos manifestó en sus escritos! Escritos de quienes he hecho mas bien la enumeracion que apreciado el mérito. Augustos monumentos de su ciencia, de su piedad y de su fe; testimonios eloqüentes del divino fuego de que estaba abrasado, vosotros sois los que subsistís todavia y ratificais por los frutos que producis los votos unánimes y honrosos que os han concedido los soberanos pontífices: vosotros justificais los magníficos elógios que creyó

X4 de-

(1) I. Cor. c. 13. 7. 8.

debía daros San Carlos Borromeo. En esto consiste, que la caridad transmite á los demas las verdades que cree y practica. Y en esto pende, que convide á todos los siglos y tiempos para que las crean y practiquen. *Omnia credit.*

Pero todavía se pinta mejor su caridad en sus obras que en su conducta. Vuestro espíritu, hermanos míos, os presentará en este instante la memoria de aquellos tristes dias, fecundos en miserias y aflicciones, en los que despues de retardar el cielo su castigo, descubrió, en fin, la mas terrible venganza é hizo caer sobre Milan el rayo destructor que mudó la ciudad mas floreciente en un lúgubre y en un triste sepulcro.

Esparcióse un funesto veneno por el ayre, y llevó sobre la tierra una semilla corruptible, y el soplo de la muerte. Comunicóse el contagio, y se extendió á semejanza de aquellos incendios, cuyas devoradoras llamas se acrecientan con un impetuoso viento. Corrompióse la sangre, postróse la naturaleza, y herida mortalmente, amenazaba por todas partes su ruina. Hasta en los mas profundos retiros introducían el terror y la consternacion las mas malignas influencias. Todos huían, pero aun con esto mismo no aseguraban su salud. Ningun refugio habia contra la venganza de Dios, que era el que perséguia. Los males eran innumerables y casi sin remedio. Los socorros faltaban ya por todas partes. La caridad estaba como helada y sin uso. Todos los vinculos y amistades se quebrantaban. La

sangre no reconocia ya ninguna voz, ni la amistad ningun sentimiento. Los derechos mas sagrados se abandonaban, olvidaban y violaban. El temor producía la timidez, la timidez detenía al valor, y aun la misma generosidad no percibia sino el peligro, y se creía ya la víctima de un mal, cuyos espantosos estragos no ofrecían sino ideas de terror, de sufrimiento, de muerte y desesperacion.

La historia nos hace ver quales fueron en aquellos deplorables dias la solícitud, el zelo y los sentimientos de S. Carlos Borromeo; pero puede que se ignore, que en este horroroso desastre, fué *San Andres Avelino* para éste Aaron otro Moysés. Sí, oyentes míos, en las desgracias de Milan gozó nuestro Santo el privilegio y la gloria de dividir con Borromeo las peligrosas funciones (1) de una caridad que esperaba contra toda esperanza: *Omnia sperat.* De una caridad, que ansiosa siempre de padecer, buscó y adquirió todas las ocasiones en que se podía verificar: *Omnia sustinet.* De una caridad tan constante como activa, que nada menosprecia, nada siente, nada se extingue. *Charitas numquam excidit.* A exemplo del santo Pontífice se burlaba el Santo sacerdote de todos los peligros, y no temía exponer su vida por salvar la de un pueblo afligido.

Sobre este extenso y fúnebre teatro volaban con alas de caridad los dos héroes christianos, y parecia que se reproducían milagrosamente.

(1) Vida de S. And. Avel. c. 9. p. 91. 92. 93. 94. 95.

te. Semejantes ambos á la luz, recorrian en un mismo instante los diferentes parages de aquella inmensa ciudad. El uno animaba con sus discursos: el otro consolaba con sus limosnas; éste disponia y ayudaba á bien morir; aquel se ocupaba en sepultar los que acababan de pagar su tributo á la muerte. *Avelino* se exercitaba en el Sacramento de la penitencia: *Cárlos* distribuía el pan de vida. Este visitaba los asilos de la indigencia, y proporcionaba socorros á los que aquel recogía y levantaba de las plazas y calles públicas para llevarlos á aquellos misericordiosos albergues. Ambos se entregaban á toda clase de trabajos, y bastaban para toda especie de necesidades. Bañados uno y otro en lágrimas, y lleno su corazón de amargura, dirigian al cielo las mas fervorosas oraciones. Los dos se ofrecian por víctimas para satisfacer á la justicia de Dios y aplacar su cólera. Ambos con sus súplicas y cuidados extinguian las hinchadas nubes que traían dentro de sí la muerte y la desgracia. A los negros vapores, se siguió un sol favorable que reynaba en los ayres. Milan volvió á adquirir su antiguo lustre, y sus habitantes creyeron, que no menos debian su salvacion á la invencible constancia de nuestro Santo, que á los caritativos y brevísimos esfuerzos de *Cárlos Borromeo*. Creyeron que á ambos les debian los gloriosos nombres de libertadores. Uno y otro agotaron la admiracion de Milan, y participaron con igual motivo del reconocimiento.

Ya, señores, ¿que puedo yo añadir á la pin-

pintura que os he hecho? Un hombre superior al peligro del contagio ¿no lo será igualmente á la vicisitud de las estaciones? ¿Se negará á las necesidades de un infeliz abandonado, que expuesto á las injurias del ayre y entre las tinieblas de la noche, espera sin recurso que venga la muerte á cortar el hilo de su vida y de sus desgracias? No por cierto: ninguna cosa puede servir de obstáculo á su diligente caridad. El sabe correr á donde su ministerio le llama, y *abrir las puertas de la eternidad* al moribundo christiano que pide su socorro... ¡O cielo! Tú eres como testigo de su zelo y caridad, el que te apresuras para recompensarle. Una inesperada luz guía sus pasos: *inusitato splendore*, y como una nube favorable le hace inaccesible á los vientos, á la lluvia y á la tempestad que vé, oye y se libra de ella: *Inter effusissimos imbres nihil madefactus est* (1). Una caridad que consigue milagros para otros, los merece para ella misma.

Avelino acabó su carrera como apóstol, y la debía terminar como santo. Deseaba espirar á los pies de los altares, y lo consiguió. ¿A los pies de los altares? Sí, hermanos míos, los cadahalsos y las hogueras, son los sepulcros de los mártires; pero los altares lo son de los apóstoles.... Consumido de las fatigas, agobiado del peso de los años, debilitado por las mortificaciones, abatido y casi sin vida, deseaba celebrar todavía el santo sacrificio.

Ad

(1) In Offic. S. Andr. Avel. Brev. Rom. Lect. V.

